

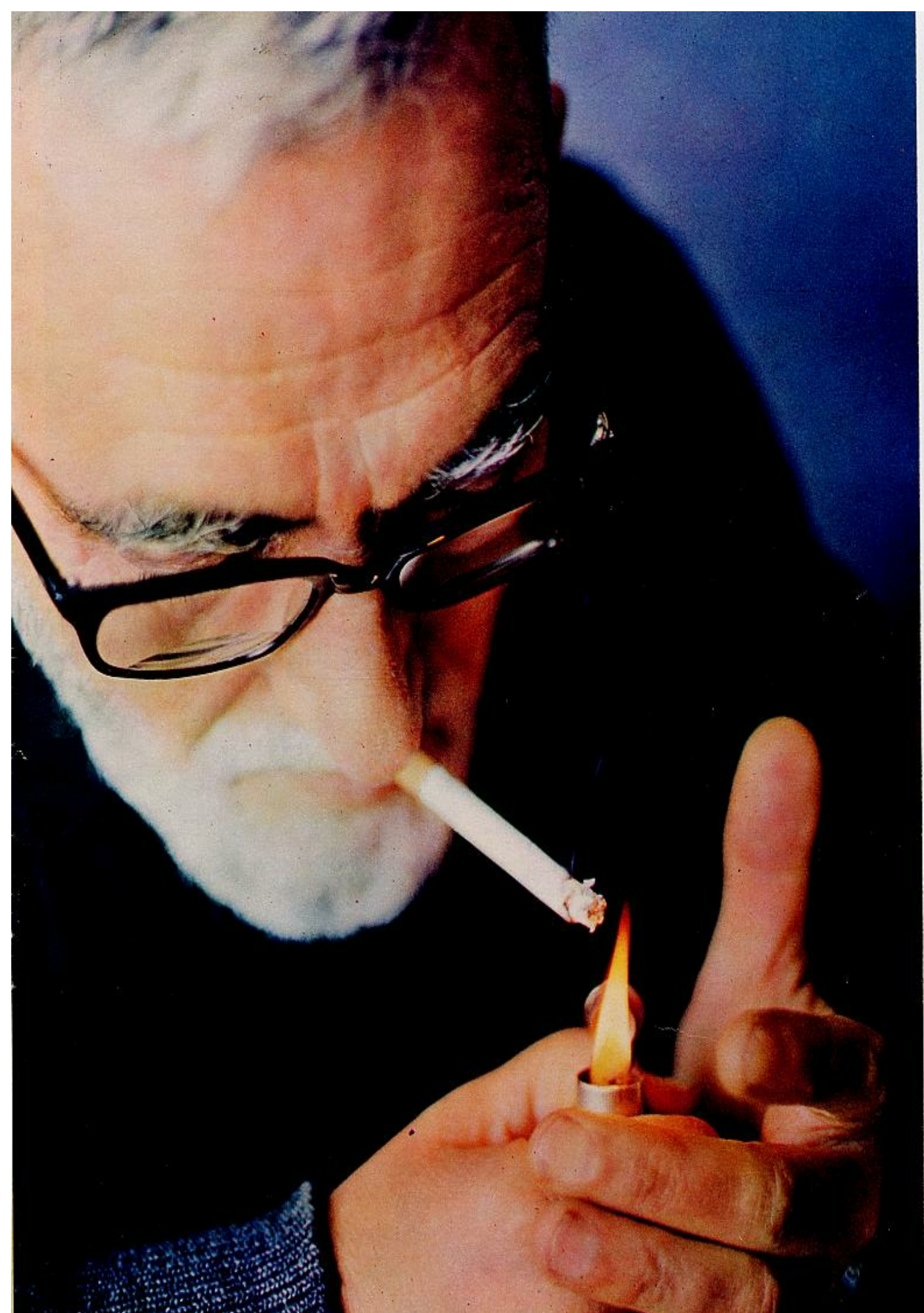
HOMENAJE A KENZO TANGE

OTEIZA

Por JOSE M.^o MORENO GALVAN

Ahí está Oteiza. Le conozco su voz perentoria desde aquí, desde la puerta de su casa, mientras pulso el timbre. ¿Con quién hablará, con quién discutirá, con quién se peleará?. Oigo palabras entrecortadas, alguna frase... Sí, habla del pueblo vasco, de la cultura po-

pular vascongada. Está diciendo, si no lo entiendo mal, que ese pueblo, el suyo, posee, heredada desde sus ancestros, una cultura nocturna, lunar, hecha con mitos de la noche... Me abre la clar, su mujer: el equilibrio, el sentido común, el **SIGUE**







A la izquierda, el escultor junto a la «Estela funeraria para el padre Donosti», en las montañas vascas de Lesaca. Arriba, una expresión de Oteiza mientras explica uno de sus proyectos. Abajo, bebiendo chacoli en una taberna de Fuenterrabía con Chillida, Mendiburu, Basterrechea, Sistlaga y otros pintores y escultores amigos.

pálpito directo e inmediato de la realidad cotidiana. Saludos cordiales, efusiones. Cuando voy a traspasar la puerta del estudio de Jorge, aún tengo tiempo de oír una de sus frases definitivas: «¡El sol es un astro imbécil: yo nunca he visto al sol salir de noche!».

¿Quién es ese personaje? Recuerdo que una vez iba yo con un amigo por la calle de Alcalá hablándole de Jorge Oteiza, tratando de definirlo. De pronto, delante de nosotros —curiosa coincidencia— vi a mi protagonista. Iba con dos o tres muchachos, forzados todos ellos a ese andar rápido y decidido que a Jorge le es naturaleza y, de pronto, muy claramente, le oímos estas palabras llenas de energía tonante: «Ahora vamos a verlo, y si no nos hace caso... ¡lo tiramos por el balcón!». Mira —le dije a mi amigo— ese es Jorge Oteiza.

No tiraría a nadie por el balcón. No tiraría nunca a nadie por un balcón, estoy seguro, y no por falta de valor, sino por falta de mala uva. Imagino el encuentro con el interlocutor de aquel día, el que fuera. Le sonreíría, le prometería y lo engañaría. Al final, Oteiza quedaría momentáneamente convencido de la generosidad de aquel hombre que él pretendía tirar por un balcón. Es que a Oteiza, en los negocios humanos, lo puede engañar todo el que quiera. No hay más que mirarle la cara. Conserva, como tantos hombres de su pueblo, un recuerdo infantil en la mirada, frente al que si cierta-

SIGUE



OTEIZA



El afán creador de Oteiza no desmaya nunca. En su taller se aglomeran los bocetos y los proyectos, siempre a la búsqueda de nuevas formas y soluciones plásticas.





Oteiza, cuya compleja obra haría pensar en un artista de gustos difíciles, es un hombre sencillo, que ama el paisaje de su tierra vasca. Arriba, el escultor en la montaña de los crónlechs de Lesaca. Abajo, comiendo angulas en una taberna de Fuenterrabía. Nada tan agradable para él como permanecer en un ambiente popular.

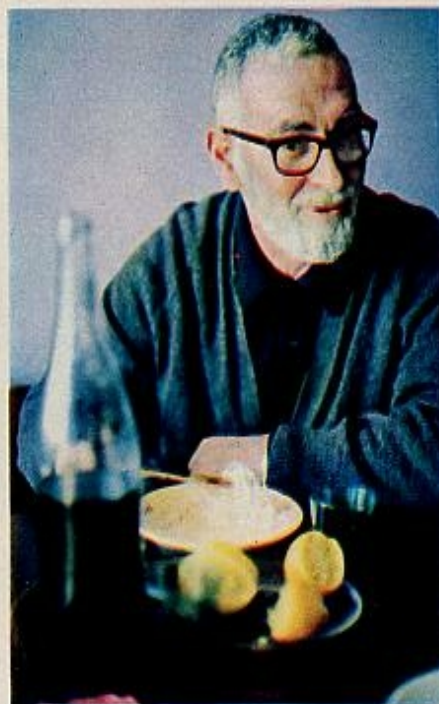
mente naufraga todo proyecto tenebroso, al mismo tiempo concede por anticipado una rendición sin condiciones.

Pido perdón al lector porque aquí, creo que contra mi costumbre, puede deslizarse una efusión excesivamente personal. Es que si yo tuviera que hacer la lista de todas aquellas personas a las que les debo ideas, orientaciones y formación, el primer nombre de esa lista tendría que ser necesariamente el de Jorge Oteiza. Sí —me dirá el lector—, pero, ¿quién es ese personaje? Ese personaje es uno de los cuatro o cinco escultores fundamentales del siglo XX.

* * *

Escultor, sí. Escribo con toda deliberación la palabra, aun a sabiendas de que, desde hace ya largo tiempo, Jorge Oteiza ha dimitido de ese formidable título. Escultor, porque lo que ya está hecho y es una obra impercedera marca a la vida para siempre. Y, además, porque si ha renunciado a realizar la obra, no ha renunciado, porque le es imposible, a realizar su vida —a pensar y a vivir— como un escultor.

La escultura de Jorge Oteiza era... (perdón, «eso»; justamente el que permanezca viva es lo



que lo mantiene a él vivo como escultor), es la escultura más consciente, más responsable de sí misma, de cuantas constituyen el legado del mundo contemporáneo. Son esas esculturas lo contrario de lo que es Jorge Oteiza. El, en lo personal, es la negación sistemática de sí mismo, la contradicción permanente entre lo que él proyecta ser o hacer y lo que luego es o realiza. («¡Loco, loco, este Jorge es un loco!». Sí, sí, loco, pero de tonto, nada.) Su escultura fue la realización implacable de una idea y de un proyecto previos. Es que él, la persona, está siempre penetrado, interrumpido y modificado por la vida: es humano, demasiado humano, mientras que la escultura ya no es la vida sino un testimonio hecho estatua. La vida es lo modificable, lo que tiene «tiempo», lo percedero; la estatua es lo que, por inmodificable, se ha salvado del tiempo y, por tanto, de la vida y, por ello mismo, de la muerte.

Ese no ser lo que es su propia estatua —o mejor dicho, esa estatua en la que no quiere super-
vivir ningún vestigio del escultor— era muy consciente en Jorge Oteiza. El sabía lo que hacía y buscaba con total deliberación una estatua en la que no se declarase ningún **SIGUE**

¡Sonría! Le estamos filmando

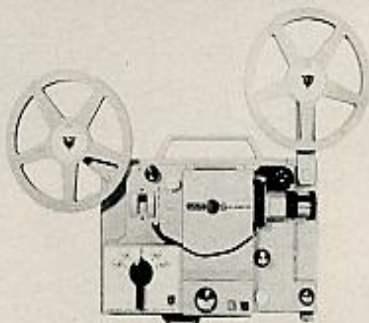


Tenemos empuñada la famosa VIENNETTE Super 8, de EUMIG. Es como tener en la mano algo que pertenece a un mundo futuro y que misteriosamente se ha adelantado hasta nosotros como en un relato de ciencia-ficción. Su diseño tan revolucionario, su objetivo sobredimensionado, su diafragma automático e incluso su zoom motorizado, nos parecen demasiados avances en una sola cámara.

No nos asombremos más y disfrutemos hoy mismo de ella.

eumig *super 8* • MOTOCAMARAS Y PROYECTORES

VIENNETTE
La cámara perfecta
para la cinematografía
perfecta.
P.V. P. 12.500'—



EUMIG MARK - S - Super 8
Proyector sonoro automático.
Objetivo zoom 1:1,3
de 15-25 mm.
Lámpara de yodo-cuarzo
¡La mayor calidad y
nitidez al servicio del super 8!
P.V. P. 16.900'—

DE VENTA EN TODOS LOS BUENOS ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO

germen de su propia persona. ¿Permanecía vivo ese germen a pesar de sí mismo? Lo cierto es que él era uno de los pocos —o acaso el único escultor— del arte contemporáneo que había comprendido la formidable dicotomía fundamental que se le presenta inexorablemente al artista de nuestro siglo: o hacer un arte de la expresión o hacer un arte de la dimensión; o hacer un arte que sea como la prolongación estilística y documental de sí mismo, o hacer un arte que sea una investigación en los extramuros de sí mismo; o hacer un arte subjetivo, o hacer un arte objetivo. Votó voluntaria y conscientemente por lo último, acaso porque lo que tendría que decirnos de sí mismo iba a ser demasiado denso e iluminado, acaso por pudor... Decidió pues, con toda lucidez, hacer un arte «impersonal», aun cuando, por inevitable paradoja, se descubra siempre una huella personal en la dirección de todas las investigaciones. El, mejor que nadie, me explicó una vez —ya digo que era muy consciente de lo que realizaba— la diferencia fundamental entre su escultura «analítica» y la otra, la de los «expresivos» o expresionistas. «Ellos, los expresionistas, dan de sí todo lo que son; yo, con mi escultura «receptiva» (difícilmente puede iluminar tanto, como definición y como contraposición, una sola palabra) busco todo lo que me falta». Como he dicho en otras ocasiones, Oteiza, con su escultura, no quiso responder a la pregunta «¿quién?», sino sólo a la pregunta «¿qué?».

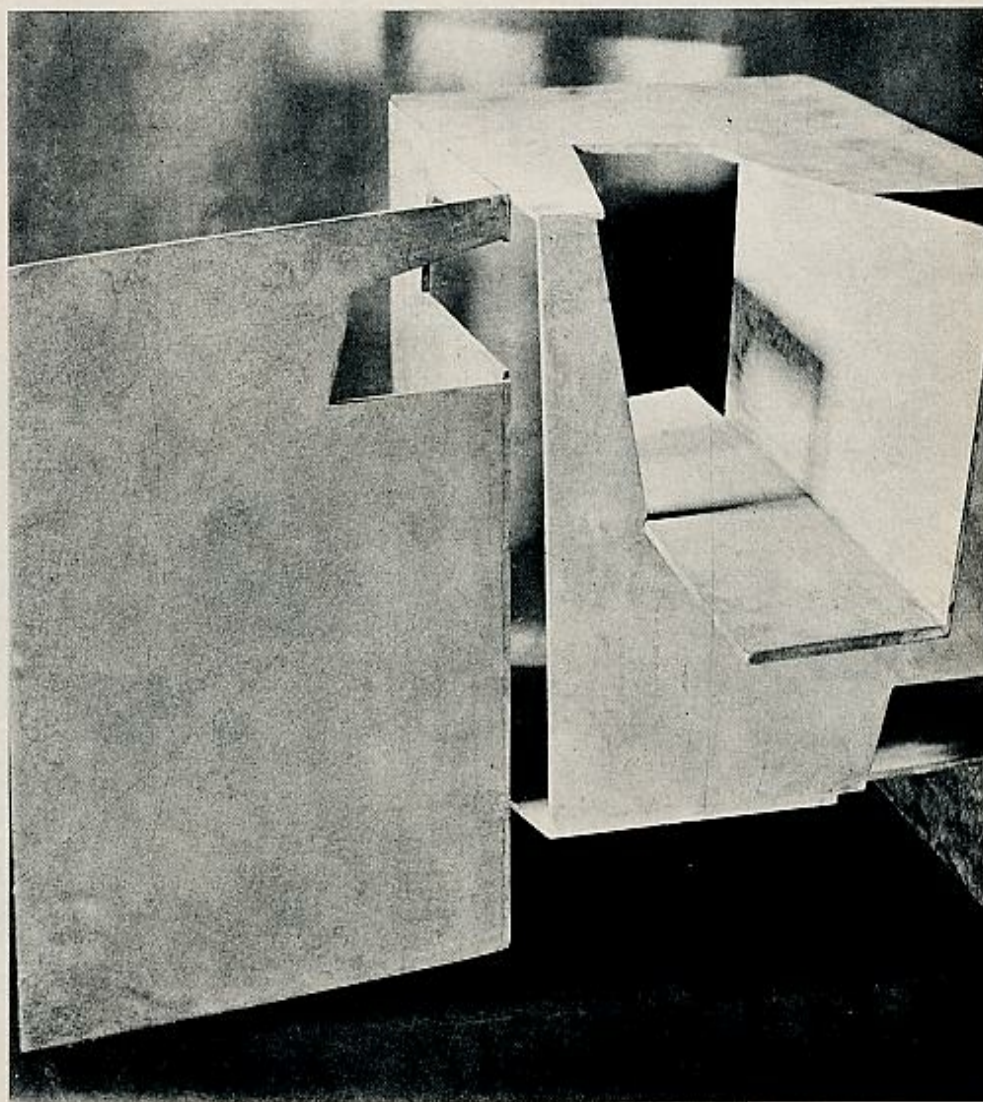
Respondió en el campo de la extrema objetividad, que es el de la pura dimensión. Su escultura no es, no quiso ser, una imagen del mundo. ¿Quiso ser un proyecto válido para el mundo? A largo plazo, sí. A largo plazo, es decir, tras muchas mediaciones. La escultura de Oteiza nació como estatua —es decir, como un testimonio de la vida evadido del tiempo y de la vida— y continúa siendo estatua, pero en ella está el germen de un «diseño» —de un «proyecto»— válido para la instalación del hombre sobre el mundo. De eso tampoco fue ajena la voluntad del escultor. Aquella escultura de Oteiza, realizada en el extremo límite de la mente geométrica, conserva, sin embargo —eso sí, sin permiso del artista—, un estilo inconfundiblemente personal. El sintetiza en ella, geoméricamente, no a «su» vida sino a «la» vida. Pero esa síntesis, a pesar de la geometría, tiene tal poder y tal voluntad de significación que su obra deja de ser «geometría» para convertirse en «órgano».

* * *

Dejémosla ahí, en el prólogo de su verdadera interpretación. Ahora conviene preguntarse: ¿Por qué ha dimitido Oteiza de su título de escultor? Las razones pueden parecer laberínticas, pero están muy claras en él. Oteiza se ha dado cuenta, con esa clarividencia histórica que lo caracteriza, que, por una serie de circunstancias cuyas razones están en la historia, el tiempo que se nos echa encima será, a pesar de muchas engañosas apariencias, un tiempo fundamentalmente «expresivo». Y el germen de la expresividad es, en su último extremo, en su última razón, popular. Si eso es así, dice él, yo ya no puedo, no debo, producir escultura como escultor sino, en todo caso, como persona privada, como «pueblo», con un sentido lúdico, jugando, liberado de mi profesionalidad, en la misma tesitura vital que un pastor graba con signos el puño de su cayado. Es decir, Oteiza no ha renunciado a hacer la escultura, sino a «ser escultor».

Pero esa renuncia —y este es un dato que hay que tener en cuenta para obtener una idea mínima de sus dimensiones humanas— la hizo el mismo día en que alcanzaba la consagración universal como artista: cuando obtuvo el Gran Premio Internacional de Escultura en la Bienal de Sao

OTEIZA



Una escultura de Jorge Oteiza.

Paulo. Ese día, cuando todos los museos y todas las galerías del mundo pusieron los ojos en él, cuando él pudo empezar a vivir de las rentas de todo lo que hasta entonces había acumulado su magisterio, Oteiza dijo: Basta. Aquí se acabó el escultor. Aquí empieza un hombre puesto al «servicio público» de su pueblo.

* * *

En efecto, se retiró a su pueblo vasco, y allí vive. En Irún (él nació en Orío hace poco más de cincuenta años). Allí es, insisto, algo así como un «servicio público». Cuando algún joven de Tolosa o de Oyarzun está interesado por el problema de «la» cultura y de «su» cultura, va a su casa. Oteiza lo orienta y lo encamina. «¿Y cómo puedo ser sólo escultor? —me dice—. La plástica hay que verla no sólo en la escultura sino en la danza, en los juegos, en la vida... no tengo tiempo para limitarme». Esa es siempre su respuesta.

¿Cómo será este hombre que incluso tiene convencida de su actitud a su propia mujer, a Iciar, al buen sentido —que es el común—, a la probidad, a los pies clavados sobre la realidad! «Mira, Iciar —le digo, conspiratoriamente, tratan-

do de manera egoísta de recuperar al escultor— debes convencer a Jorge de que éste es el momento de hacer una exposición. Lo venderíais todo; viviríais mucho mejor...». «¿Pero para qué? —me responde—. No tenemos mucho, pero sí lo suficiente para vivir por algún tiempo».

No lejos de Irún, en un monte de las cercanías de Lesaca, hay un campo de minúsculos «cromlechs» plantados por sabe Dios qué ancestros de Iciar y de Jorge. Allí ha plantado también Jorge Oteiza su «Estela funeraria para el Padre Donosti». Nunca, a pesar de ser pura geometría, he visto a una estatua tan integrada con un paisaje. Desde aquellas alturas se divisa ese paisaje increíble del que tanto me tiene hablado el viejo Vázquez Díaz con la voz turbada por la emoción. ¡Qué bien está situarle una estela funeraria al gran folklorista, al que recopiló una música que también era paisaje, en esa altura abrupta! Mirando a la lejanía, a Gigi y a mí nos ha dicho Jorge Oteiza: «Esta es mi vida. Todo lo que yo piense, todo lo que yo proyecte, tiene que tener a esto como centro y como punto de partida».

J. M. M. G.

(Fotos: GIGI CORBETTA)